

**FRANCISCO
LABASTIDA OCHOA**

**LA DUDA
SISTEMÁTICA**

Autobiografía política

EPÍLOGO DE LUIS RUBIO

Grijalbo

considero que más factores se conjuntaron e hicieron crecer a mi adversario Vicente Fox. Según nuestras encuestas, empezó a subir a partir de que su lema fue: “Hay que sacar al PRI de Los Pinos”; otro repunte se produjo cuando les pidió a los seguidores del candidato del PRD, el ingeniero Cárdenas —quien competía para presidente por tercera ocasión— que le dieran su voto, que no lo desperdiciaran. A pesar de estas alzas que registraban las encuestas, varios analistas seguían sosteniendo que nosotros ganaríamos, aunque por un margen muy pequeño. Los indecisos, que eran más o menos el 15%, decidieron la elección a favor del PAN.

Al final de la jornada electoral

A las cinco de la tarde del 2 de julio, el día de la elección, el presidente me llamó para decirme que sabía que el ingeniero Cárdenas a las siete de la noche saldría a reconocer su derrota. Me sugirió hacer lo mismo inmediatamente después. Le argumenté que la hora no era correcta, pues en el norte del país aún habría casillas abiertas, además de que las circunstancias del PRI y el PRD eran totalmente distintas: el partido de Cuauhtémoc nunca había conseguido la presidencia, y él mismo en las ocasiones anteriores no había pasado de un tercer lugar muy lejano. Mientras que a nosotros todavía no se nos consideraba como los perdedores. Y le comenté que hasta la una de la tarde las encuestas de salida nos daban una pequeña preferencia; sin embargo, a partir de las dos de la tarde ya no nos favorecían. Por eso estaba

preparando mi discurso, para cuando el PE diera a conocer los resultados y que, obviamente, aceptaría la voluntad ciudadana. Eso ocurriría a las once de la noche. Inmediatamente después de que se conocieran los resultados haría mi pronunciamiento, lo que era congruente con mi posición de respaldar a las autoridades electorales. El presidente solo me escuchó. Desde hacía un buen tiempo había estado preparando mi discurso y ya le había notificado a la presidenta del partido y a los demás dirigentes cómo iban los resultados. Lo que ocurrió después me hizo reflexionar: “¿Tanto le molestó al presidente Zedillo mi renuncia a Gobernación; o que no hiciera caso a su recomendación sobre la hora en que debía salir a reconocer mi derrota; o acaso simplemente quería pasar a la historia como el gran demócrata de este país?”.

Durante esas horas finales hubo mucha tensión: me enteré de que el presidente Zedillo estaba grabando un mensaje, le hablé y no me tomó la llamada. Liébano Sáenz sí me llamó, en parte para conocer cómo iba todo y en parte para disfrazar lo que Zedillo planeaba hacer. Cuando estaba iniciando mi discurso, la transmisión se interrumpió para pasar el mensaje del presidente Zedillo. Como resulta lógico, he reflexionado mucho sobre los hechos que se dieron ese día, como este de interrumpir mi intervención. Y me pregunto: “¿Fue casual que Zedillo me entregara el partido quebrado financieramente?”. También dudo de que fuera fortuita la falta de solidaridad al negarse a que se difundieran desde mi campaña los logros económicos de su gobierno y sus instrucciones a los gobernadores para que torpedearan mis giras. ¿Que lo motivó? La razón principal podría ser esta: cuando el gobierno de Estados Unidos le hizo a México el préstamo de 40 mil millones de dólares

para afrontar la crisis desatada por el "error de diciembre" —negociación que el presidente Zedillo gestionó personalmente—, se le demandó el compromiso de propiciar la transición democrática y que, para ello, el PRI dejara de gobernar (la ciudadanía así lo quería) y él entregara la presidencia a la oposición. La verdad completa solo la conoce el expresidente y, tal vez, su secretario particular, Liébano Sáenz. A ninguno de los dos los he vuelto a ver después de ese año.

Mi mensaje aquella noche del 2 de julio fue corto y claro; como sostuve ante el presidente, empecé diciendo que había esperado a que el IFE diera a conocer sus mediciones, que marcaban la tendencia de la elección presidencial y no era favorable a nuestro partido. Y añadí: "La ciudadanía tomó una decisión que todos debemos respetar. Yo pondré el ejemplo... me someto a la decisión de la ciudadanía, a la decisión de los electores.

"Los resultados electorales deben llevar al partido, a los cuadros dirigentes, a una profunda reflexión.

"Nuestro partido, en el que orgullosamente milito, le ha dado estabilidad y paz social al país y ha impulsado los grandes cambios incluido, por supuesto, el de la democracia.

"Debemos seguir luchando para que las nuevas generaciones, los jóvenes, ejerzan a plenitud su libertad y conquisten el derecho a mayores y mejores oportunidades. El partido no debe permitir nunca jamás que México retroceda.

"Y en particular, les quiero agradecer a todos ustedes su apoyo, a nuestra militancia, a los dirigentes del partido, a nuestros candidatos, a los

candidatos que en todo el país hicieron campaña por ellos mismos y por nuestro partido.

"Quiero agradecer, obviamente, a mi familia, a mi esposa Tere, a nuestros hijos, su apoyo y solidaridad permanente; al equipo de trabajo que me ha acompañado desde hace muchos años y al equipo de campaña, mi más profunda gratitud.

"Dije siempre que por encima de todo está México. Hoy quiero refrendar esa convicción". Un día después de las elecciones, el 3 de julio, el presidente Zedillo me invitó a comer; fue una comida tensa. Abordó tres temas: ir juntos a una reunión con gobernadores y líderes del PRI, al terminar la comida; lo que hicimos. Segundo, me recordó las reglas que había establecido desde mayo de 1999 y acepté: si no se ganaban las elecciones, él tomaba de nuevo el control del partido. Le dije que así lo habíamos acordado y cumpliría mi palabra. Tercero, me propuso una cena de los dos matrimonios, el suyo y el mío; no acepté, argumentándole que, antes, él y yo debíamos aclarar varios puntos. Fue la última vez que lo vi.

Luego de la derrota, varios miembros del Comité Ejecutivo Nacional del PRI intentaron convencerme de que asumiera la presidencia del partido, e incluso Dulce María Sauri quería renunciar, pero la convencimos de que era mal momento. Siempre me pareció mala idea que yo fuera presidente del PRI y el paso del tiempo confirmó que tenía razón. Todavía en una reunión posterior del Comité Ejecutivo la profesora Elba Esther Gordillo argumentó que lo lógico era que renunciara Dulce María y yo asumiera la presidencia del